

Tercer Domingo de Adviento B2023

Quiero referirme al estandarte del santuario con su representación de cuatro cirios de adviento. Cada vela representa una parada que debemos hacer en este largo camino que nos llevará al encuentro con el Señor que celebraremos en Navidad. Cada vela lleva un mensaje que debe ser objeto de nuestra reflexión en nuestra parada en este viaje.

El mensaje de esta semana es la alegría de la espera. Tradicionalmente este tercer domingo de Adviento se ha llamado “Domingo de Alegría”, Domingo de Gaudete. Incluso Isaías dice: “Me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en mi Dios”. San Pablo hace lo mismo diciendo: “Vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión, pues esto es lo que Dios quiere de Ustedes en Cristo Jesús”.

Seguramente la experiencia cotidiana de la vida contradice este mensaje de alegría. En nuestras ciudades y pueblos hay tiroteos, accidentes, sufrimiento y muerte. En el mundo, naciones y pueblos están en guerras unos contra otros, como hoy en el caso de Rusia y Ucrania o Israel y Palestina.

Estas experiencias negativas desafían el mensaje de alegría. Sin embargo, es en medio de estas experiencias negativas que resuena el mensaje de esperanza que nos trae nuestro Señor. El profeta Isaías anticipa de antemano la misión de nuestro Señor cuando dice: “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros y a pregonar el año de gracia del Señor”.

La venida de nuestro Señor es un acontecimiento gozoso que trae consuelo y felicidad al mundo. Cuando nuestro Señor aparezca nuevamente, Dios, su Padre, cumplirá todas las expectativas humanas y su promesa de salvarnos. Nos dejará entrar en la herencia a la que nos ha llamado. Él triunfará sobre todas nuestras experiencias negativas de la vida. Él nos dará un gozo indescriptible.

Esta es la razón por la cual nuestro Señor vendrá nuevamente. Viene a traer esperanza, coraje y sanación a quienes se encuentran en extrema necesidad. Está ungido para llevar a todos gozosas noticias de consuelo, para asegurar a los pobres que su pobreza se transformará en abundancia de la vida de Dios, para proclamar a aquellos cuya libertad está restringida que serán libres para siempre.

El profeta Isaías se alegra incluso antes de que la promesa se cumpla, porque está convencido de que Dios la cumplirá. Lo celebra con un canto de alegría porque está seguro del amor de Dios que nunca fallará. Así como la semilla brota y la planta crece hasta convertirse en un gran árbol, así la justicia crecerá y se extenderá irresistiblemente por el mundo entero, porque Dios ha prometido un Reino de paz universal.

Es evidente que la semilla de la justicia en el mundo tarda mucho en crecer, pero a pesar de ello debemos mantener la misma confianza y manifestar la misma esperanza que lo hizo el profeta. Muchos son los motivos que nos entristecen y, sin embargo, como el profeta, podemos comenzar a cantar un canto de alegría por la salvación que está por llegar a todos.

La profecía de Isaías se ha cumplido en las enseñanzas y gestos de nuestro Señor Jesús. Nuestro Señor Jesús es el Mesías enviado por el Padre para traer salvación al mundo y liberar a todos los que están cautivos del pecado y del mal.

Nos alegramos porque Dios quiso que seamos salvados en él. Jesús es nuestro Redentor. El Espíritu Santo ha sido derramado abundantemente sobre él para anunciarnos con obras poderosas y con palabras el tiempo de la visita de nuestro Dios.

Juan Bautista da testimonio de él ante el pueblo judío. Dar testimonio significa permanecer en un segundo plano. Un testigo no está ahí para hablar de sí mismo ni para llamar la atención sobre su propia persona, sino sobre aquel por quien da testimonio.

Esto es lo que hace Juan. Reconoció que él no era el Cristo, sino simplemente su mensajero. Era bastante honesto y no se dejaba engañar por ninguna opinión falsa sobre su persona. No reclamó honores ni títulos que no le pertenecían. Dijo que no era el Cristo, ni Elías ni ningún otro profeta.

Juan se llama a sí mismo una "voz". Una voz es una combinación de sonidos que transmite un mensaje. Una vez que se da un mensaje, la voz desaparece. El Bautista es sólo una voz que presencia la venida de la luz al mundo. Una vez cumplida su misión, desaparece por miedo a que la gente se interese por él, en lugar de seguir la luz. ¡Qué lección de modestia, sencillez y humildad debería inspirarnos en nuestras actividades dentro de la Iglesia y en nuestras relaciones unos con otros!

La venida de nuestro Señor al mundo es como la luz que disipa las tinieblas. El Bautista fue el primero en reconocer esta luz y en proclamar su presencia. Todos los que aceptan a Jesús salen a la luz y no están en tinieblas. Del ejemplo de Juan aprendemos que para llegar a Cristo, luz de nuestra vida, sólo hay un camino: aceptar el testimonio de alguien que nos habla de Jesús tal como lo hizo el Bautista. Aquí vemos la importancia de la mediación humana en nuestro conocimiento de Dios. Contamos unos con otros para llegar a conocer a Dios. ¡Que podamos ayudar a otros a llegar a conocer a nuestro Señor Jesús por nuestro testimonio de vida!

Es sorprendente escuchar a Juan el Bautista decirles a los judíos que alguien importante estaba entre ellos y que no reconocían. Esto es sorprendente para este pueblo que había recibido la promesa del Mesías. ¿No es señal de que algo les impedía reconocer al Mesías? De hecho, las ideas, los hábitos y los modelos de la sociedad quemaron sus mentes y corazones hasta el punto de que no estaban dispuestos a cambiar. El Bautista intentó en vano abrirles los ojos y los oídos instándolos a convertirse, pero no funcionó.

Lo mismo podría pasarnos a nosotros si nos negamos a seguir la luz de Cristo de la que nos habla alguna "voz". Corremos el riesgo de permanecer en la oscuridad y de perdernos el verdadero gozo que nos trae el Señor si no escuchamos el testimonio de las Escrituras.

El tiempo de Adviento es un buen recordatorio para nosotros de que es importante convertirse y acoger a Cristo, la luz del mundo. Pidamos a Jesús que nos ayude a estar atentos a los múltiples signos de su presencia entre nosotros. Preparemos nuestro corazón para recibirlo cuando venga en gloria al final de los tiempos.

Isaías 61: 1-2a, 10-11; 1 Tesalonicenses 5: 16-24; Juan 1: 6-8, 19-28



Fecha de la Homilía: el 17 de Diciembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20231217homilia.pdf